

José R. Echeverría Yáñez

El hombre en la encrucijada

A PROPOSITO DEL LIBRO DE ESTE TITULO, DE JOSE
FERRATER MORA (1)

1.—En ésta su última obra, el autor de *El Sentido de la Muerte* se propone descubrir y describir los rasgos esenciales de “ese fenómeno pavoroso, más geológico que histórico” que es la crisis de una cultura. ¿Qué les ocurre a algunos hombres, particularmente sensibles a las variaciones históricas, cuando surge “el inmenso y anónimo Estado Universal? se pregunta Ferrater Mora (pág 11). Y su respuesta está contenida en trescientas veinte y nueve densas páginas, cargadas de observaciones profundas, de madura erudición, de iluminadoras metáforas, de intuiciones penetrantes y discreta ironía.

En primer término, ¿por qué esta expresión “Estado Universal” como sinónima de crisis histórica? Tal vez porque hay en ella cierta ambigüedad que la hace especialmente favorable para la descripción de un proceso de naturaleza ambigua, como es la crisis. Tal ambigüedad el autor la acentúa deliberadamente: para él Estado Universal “... a veces designa un gran Estado o una ingente organización política, en ocasiones denota la sociedad cuando pretende usurpar todas las funciones del hombre; con frecuencia quie-

(1) Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1952.

re decir la sensación —basada o no en hechos reales— de que el horizonte histórico está cerrado y parece haber sólo escapatorias por la tangente” (págs. 21-22). Pero, además, mientras la voz *crisis* apunta principalmente a una vivencia, a un conflicto anímico, la de *Estado Universal* permite destacar en mayor grado un aspecto en que Ferrater Mora insiste con razón: la exterioridad y la fatalidad con que el fenómeno se presenta a los hombres que lo viven, el aparecer como algo que se padece, que nos es impuesto desde fuera y que no podemos eludir. “En ciertos momentos, dirá, los grandes fenómenos históricos son *como* los grandes cataclismos geológicos, nadie ni nada puede detenerlos. Entonces el hombre se siente perdido; su vida no cuenta apenas frente a esos impulsos de la Historia-Naturaleza. Y aun los que han llegado a imponerse, a “dirigir” los acontecimientos, los “Césares”, no son más que la cresta de la gran ola. El hombre se siente, pues, oprimido porque ha perdido la antigua libertad sin haber ganado todavía ninguna libertad nueva” (pág. 20).

2.—Este sentirse “perdido” ante la Historia, “oprimido” por fuerzas extrañas, “desterrado” de la propia sociedad, incapaz de encajar en ella, este carecer de un puesto en el universo, se traduce en diversas actitudes *típicas* que Ferrater Mora analiza en la primera parte de su obra, en relación con la historia del mundo antiguo. Una de ellas es esa disposición de espíritu que cabe llamar filosofía, en el sentido más vasto del término, acentuando lo que en él denota una “actitud personal” más que un “sistema de proposiciones”. Es decir: un estar abierto al conocimiento, un intento de dar consistencia a un mundo de creencias que se nos volatilizan (pág. 15). Y en esta disposición prevalecerá, ora el desprecio hacia el mundo circundante, como en los cínicos, ora la resistencia o la resignación, o ambas a la vez, como en los estoicos, ora la huída y la contemplación, como en los platónicos. Pero, a más de los filósofos, habrá los que querrán dirigir, para afirmarse, antes que dejarse dirigir, y ser aplastados, los que se entregarán a una frenética voluntad de poder y sólo obtendrán en definitiva “la apa-

riencia del poder”, esclavizados como quedan por la rígida mecánica a que han de someter sus acciones si quieren conservar la cohesión social y no perder el puesto que tan laboriosamente han conquistado. Y por último, habrá los videntes, los profetas, los forjadores de utopías, los anunciadores del futuro. El análisis que efectúa Ferrater Mora del prospectivismo judaico y, en general, de la inserción del vivir crítico de Israel en la crisis general del mundo antiguo, nos parece de lo más notable del libro y bien merece párrafo aparte, aun dentro de esta modesta reseña.

“En cierto momento, la crisis particular vivida por el pueblo hebreo, dice, pudo formar parte de la “crisis general” del “mundo mediterráneo”. Es lo que justamente nos interesa, porque nos permite agregar una actitud fundamental —la futurista— a las ya descritas. Nuestra descripción se refiere, así, a un período *determinado*: los dos últimos siglos antes de J. C. Pero ante de llegar a este punto deberemos recorrer, siquiera brevemente, la historia clásica de la “tribu hebreo”, pues sólo en ésta se dieron las *condiciones* que hacen posible comprender hasta qué punto es justa la equivalencia “hombre hebreo-futurista...” (págs. 85-86). El hecho central de esa historia es la conciencia que el pueblo hebreo tiene de haber pactado con Dios, es decir, de que Dios le ha prometido elevarlo por sobre los demás pueblos a condición de que cumpla con la Ley que le ha sido comunicada. La historia de Israel es la del cumplimiento y la interpretación del pacto por el que ha sido ungido por Dios como el pueblo elegido. Este pacto le conferirá, por una parte, la conciencia de su dignidad, de ser eje de la historia, “sal de la humanidad”, y también la de que debe conservar y exaltar su integridad racial y su tradición, evitar la seducción de lo exótico, aun a riesgo de sufrir la tortura de la persecución, a fin de que, en definitiva, Dios pueda reconocer el pueblo con el que pactó, a fin de que haya identidad entre el pueblo que celebró el pacto y el que estará presente cuando llegue la hora en que la promesa ha de ser cumplida. Mas este pacto implica, además, la pérdida de la ingenuidad primitiva, especialmente en el período que se extiende

desde el cautiverio de Babilonia hasta el dominio de Roma. El motivo de esta pérdida es señalado de un modo penetrante por Ferrater Mora: es "la percepción de una desproporción creciente entre el cada día más exacto cumplimiento de la ley y el cada día más notorio incumplimiento de la promesa" (pág. 87). Dios no cumple lo prometido; su pueblo vive en la humillación, en la miseria, en la servidumbre. ¿Por qué? No puede ser sino porque Dios ha sido defraudado, porque la ley no es observada como El quiere que se la observe, según las fórmulas precisas por El impuestas, o porque falta en su observancia una conciencia suficientemente pura (id). Esta doble posibilidad de interpretación conducirá, ya a una actitud obsesivamente formalista, que atiende a las solemnidades exteriores del cumplimiento, ya a una actitud introspectiva, a una interiorización por el continuo examen de conciencia, es decir, a lo contrario de un vivir inocente, ingenuo, espontáneo. Y, por último, el "desencaje entre lo prometido y lo sucedido" determinará un vivir en espera permanente, vertido hacia el futuro. La promesa está pendiente, la justicia será cumplida ya que no lo ha sido hasta ahora. Vendrá un Salvador, vendrá un Mesías, para darle cumplimiento. Los israelitas no tendrán filósofos, pero tendrán profetas. Y por este su *futurismo* suministran el más acabado ejemplo de una de las actitudes típicas de la crisis histórica.

En suma, en el vasto período considerado desde el siglo IV antes de J. C. hasta la expulsión del "último filósofo" por Justiniano en 529 después de J. C., tuvo lugar un proceso en que se acentúa un modo de vida problemático y ciertas características históricas evidentemente "críticas". O para decirlo con la metáfora que Ferrater Mora emplea: "... tuvo lugar un desarrollo histórico *in crescendo*, tan bien acordado que no sólo parece, como a veces se dice, una sinfonía, sino también una sinfonía clásica. Ciertamente que un oído afinado percibe en su melodía una buena cantidad de notas discordantes. Pero lo discordante no debe ser siempre excluído; con frecuencia es un modo de enriquecer el campo sonoro. ¿Cómo podríamos, si no, acordar elementos de otra suerte inconciliables? Por un

lado, hay el final de un mundo —el antiguo mundo griego— al cual puede unirse, en un ritmo discrónico, la terminación del mundo pre-imperial romano. Por otro lado, hay un final —el del mundo imperial romano— que es, al mismo tiempo, el preludio de una nueva época. De modo que el mencionado *crescendo* no es, a la postre, más que una forma del contrapunto” (pág. 17).

El ciclo termina cuando irrumpe en el escenario el *hombre nuevo* al que todas las “soluciones” anteriores parecen haber querido apuntar confusamente: el cristiano. Y este hombre —Ferrater Mora lo acredita en forma brillante— no corresponde a ninguna de las calificaciones entonces en uso, precisamente porque es “nuevo”. No es, por ejemplo, el fariseo, como ha sostenido Eduardo Meyer (cit., pág. 131); pero no es tampoco la antítesis del fariseo, como afirma Ferdinand Prat (cit. pág. 132). Simplemente está más allá de esta oposición y de todas aquellas que se barajan en la declinación del mundo antiguo. No se puede decir que su actitud sea de una abertura indiscriminada ni tampoco que sea cerrada. No se puede decir que recoja toda la tradición ni tampoco que la excluya. Será, pues, para todos aquellos que se obstinan en juzgarlo de acuerdo con los puntos de vista consagrados, el insensato, la viva paradoja, el inesperado que, sin embargo, al aparecer e imponerse, crea retrospectivamente la impresión de haber sido esperado por todos, tan “natural” parece el que esté allí.

3.—En la segunda parte del libro el autor analiza el desenvolvimiento del proceso crítico desde el siglo XIV, en que se disuelve el mundo medieval cristiano, hasta nuestros días. Pero adopta un método diferente: ya no recurre a la descripción de actitudes típicas, aunque cabe presumir, puesto que esas actitudes son “típicas”, que aquí también ellas se dan con otros y aún con los mismos nombres. Lo que el autor quiere mostrar ahora es la progresiva infiltración de la crisis en el cuerpo social, su abarcar componentes cada vez más vastos de las sociedades europeas y luego a la humanidad toda. Nos hablará, así, de la crisis de los “pocos”, la que ocurre entre los siglos XV y XVII; de la crisis de los “muchos”, que

tiene lugar en el siglo XVIII, y finalmente de la crisis de los "todos", es decir nuestra crisis, que arranca del siglo XIX y que en éste se extiende ya a todo el planeta.

"La crisis no afecta... *en la misma proporción* a todos los miembros o a todos los grupos de la sociedad de Occidente, observa. Se manifiesta primero en algunos grupos, los colocados en una posición social más "prominente" o los intelectualmente más "alertas". Si parece extraño que la inestabilidad comience por declararse en grupos que, por ocupar las cimas de la sociedad, poseen situaciones intelectual y socialmente más estables, es porque no se repara lo bastante en la singular condición de las crisis: éstas *no se "manifiestan" siempre en los mismos grupos en los cuales se "producen"*. El grupo que está socialmente "abajo" y que, por un cambio de factores reales, se siente inquieto y agitado, capaz de "ascender" o de alterar su situación social, vive por lo común tal situación dentro de los modos de sentir y pensar tradicionales; siente oscuramente que ha llegado el momento que algo cambie, pero imagina tal cambio en los términos habituales: su alma es acomodaticia, no revolucionaria. Por el contrario, algunos individuos de los grupos a quienes la transformación no afecta mayormente, o lo hace en desventaja suya, llegan a formular las condiciones intelectuales del cambio posible. Son la chispa que puede prender fuego al polvorín" (pág. 167). Mas, a poco que analicemos el desarrollo de este proceso de progresiva conmoción, advertimos que lo jalonan "varias importantes estabilidades", que permiten articularlo. Son las "etapas de la crisis"... "después de parecer anegar todo, las nuevas tendencias se moderan y solidifican, las aguas se retiran y la sociedad nuevamente se "estabiliza". El cambio ha sido; pues, pronta y hábilmente "asimilado". Tal suceso se ha reiterado tres veces en la sociedad europea. En cada una de ellas la "solución" ha coincidido con la conciencia de una nueva crisis. No se trata de una contradicción lógica. Pues la coincidencia no se ha dado en los mismos hombres, sino simplemente en la misma época. En otras palabras, la situación se ha estabilizado para ciertos grupos humanos

cuando un desequilibrio se ha producido ya en otros" (págs. 166 y 167).

4.—Como conclusión, el autor muestra que la historia de nuestra cultura puede describirse acertadamente como el diálogo de cuatro creencias fundamentales susceptibles de convertirse en absoluto: Naturaleza, Dios, Hombre y Sociedad. "A cada una de ellas ha entregado el occidental un buen fragmento de su existencia. El hombre antiguo en su época "clásica" pudo vivir confiadamente dentro del horizonte de la Naturaleza —una "Naturaleza" más amplia que la que así calificamos los modernos—, pues incluía la sociedad como "momento" de ella... El hombre cristiano medieval pudo vivir confiado en la existencia de un Dios personal, que proveía para todo, que distribuía premios y castigos en este mundo y en el otro, que restablecía tarde o temprano las inarmonías..." (págs. 311-312). El hombre moderno —"primero en las minorías europeas; luego en las mayorías del globo entero"— parece que sustituyera cautelosamente a Dios por la Naturaleza. "Pero la Naturaleza ya no fué, como en el griego, el principio sustentador de todo ser; fué —lo es todavía en gran parte— lo manipulable, con las manos, con los instrumentos, con la mente... Fué un instrumento más. Tras él emerge cada día más arrolladora, la creencia en la potencia del hombre. En el hombre individual, para los filósofos. En el hombre colectivo, en la Sociedad, para las masas que en mayor proporción cada día fueron interviniendo en la historia. Así, llegó un momento en que la Sociedad misma se convirtió en un absoluto. Ahora bien, la crisis actual es la crisis de cada uno de estos elementos. ¿No será, pues, el momento de buscar otro absoluto?" (págs. 312-313). Ferrater Mora responde negativamente, por más que se busque, no se hallarán otros elementos que los citados. La solución —al menos la solución "central" que el libro propone— es típicamente ferrateriana. Consiste en buscar un equilibrio entre estos cuatro elementos. "Un equilibrio dinámico, que no fije ninguno de los citados principios en un punto determinado para desalojarlo del cual sea luego necesario subvertir medio mundo. Un

equilibrio, además, que reconozca la necesidad de acentuar *en ciertos instantes* un elemento en aparente detrimento de otros: cuando todo se ha sacrificado a la Naturaleza, conviene subrayar los “derechos” de Dios, del Hombre y de la Sociedad; cuando se insiste demasiado en la Sociedad, menester es destacar la importancia de Dios, del Hombre y de la Naturaleza...” (pág. 313). Obtener este equilibrio es, ciertamente, una tarea abrumadora. Mejor, una tarea infinita. “No hay peligro, pues, de que acabe nunca, de que brote algún día sobre esta tierra una comunidad de santos en vez de nuestra pobre, de nuestra querida sociedad de hombres” (página 314). Con estas palabras termina el libro de Ferrater Mora.

5.—Hermosa solución la suya: inteligente, sabia, clásica, “apolínea”. Nos queda, sin embargo, la duda de si puede satisfacer nuestra hambre de absoluto. Porque si cada una de estas cuatro creencias ha de equilibrarse con las otras, si cada una ha de prevalecer sólo *en ciertos instantes* para luego ser sacrificada —y si así lo sabemos—, ninguna será, en verdad, un absoluto, ninguna podrá proporcionarnos ya una razón para vivir; todas serán sólo “momentos”. Y una humanidad que pudiera darse por satisfechas con un equilibrio de “momentos”, que no aspirara a formar una “comunidad de santos”, ya no constituiría “nuestra pobre, nuestra querida sociedad de hombres”, ya no sería esta humanidad nuestra, a la que pertenecemos, de cuyos entusiasmos participamos; ya no sería al menos una humanidad concebida según los ideales propios del hombre europeo-occidental, porque le faltaría la colisión trágica, la capacidad de renovarse rompiéndose, de afirmarse agónicamente; porque le faltaría, en suma, el *vivir en crisis*, que no es un accidente en la cultura occidental, que es la forma de vida que el hombre occidental *quiere* realizar...

Creemos que, tras la asimilación de todo lo que “El Hombre en la Encrucijada” nos enseña, lo que queda, si hemos de colocarnos como *sujetos* de la Historia y no como observadores de ella, no es tanto una lección de equilibrio, sino una incitación a encontrar nuevas fundamentaciones para aquello en que necesitamos creer si hemos de poder vivir, a encontrar nuevas formas de vida, afirmati-

vas y críticas a la vez, ante las cuales las viejas disputas perderán su sentido, quedarán integrados los términos de las oposiciones con que forcejeaba el pasado.

Y para esto debemos ante todo tomar conciencia de la crisis como fenómeno que llega a ser *por* nosotros, que no pertenece, pese al modo como se nos presenta a primera vista, a la naturaleza ni a la geología, que está *en* nosotros. Sólo a través de este descenso hacia nuestra intimidad más honda, en que la crisis habita, lograremos encontrar los nuevos fundamentos para una creencia en el Absoluto. Y no pretendemos que así quede apaciguada nuestra pasión, sino encontrar para ella, y para la crisis que de ella nace, nuevos derroteros, nuevos cauces, nuevos continentes del espíritu que poblar.

6.—Estas breves observaciones críticas no importan por cierto una reserva frente al evidente valor del libro que comentamos. Por el contrario, pensamos que nada atestigua tanto el mérito de una obra filosófica como su virtud de provocar el *diálogo*, de obrar como un revelador de las concepciones aun inexpresadas del lector. Y es que el *diálogo*, es decir, dos o más personas participando del *Logos*, es el único estilo propio del filosofar y presupone, tras la aparente disparidad de opiniones, una raíz común de que esas opiniones se alimentan.

Si aquí acentuamos, por sobre la "exterioridad" con que la crisis se presenta, el imperativo de "interiorizarla", por sobre "el hombre en la encrucijada", "la encrucijada en el hombre", es ante todo como una respuesta a la invitación que cada página del libro de Ferrater Mora contiene a adoptar una actitud personal frente a los problemas allí planteados y debatidos.

Precisamente, porque creemos en la virtud creadora de esa "interiorización" de la crisis, *El Hombre en la Encrucijada* se nos aparece, no como un libro más sobre uno de muchos temas posibles, sino como uno de los más serios y logrados intentos contemporáneos para profundizar en el tema mismo de nuestra época, para obligarnos a tomar conciencia de nuestra peculiar situación histórica y ayudarnos, así, en la labor de vivirla, venciénola.